

# Historias

## Todas las historias son de Anansi

(Un cuento del Oeste de Africa)

**PADRES:** *Anansi [ah-NAHN-se], la araña, es un personaje popular en el folklore de partes del Oeste de Africa (las historias llegaron posteriormente con los esclavos a las islas caribeñas). Al igual que Brer Rabbit en Estados Unidos (ver página 43), Anansi es un personaje “tramposo”—inteligente, astuto, a veces travieso—que utiliza su ingenio para compensar lo que le falta en tamaño y fuerza. Esta historia cuenta cómo Anansi se convirtió en el “dueño” de todas las historias.*

Al principio, todos los cuentos e historias pertenecían a Nyame [NYAH-meh], el Dios del Cielo. Pero Kwaku Anansi, la araña, anhelaba ser el dueño de todas las historias conocidas en el mundo y fue a ver a Nyame y le propuso comprárselas.

El Dios del Cielo dijo: “Estoy dispuesto a vender las historias, pero el precio es alto. Mucha gente ha venido a verme ofreciendo comprármelas, pero el precio era demasiado alto para ellos. Familias ricas y poderosas no han podido pagar ese precio. ¿Crees que tú puedes hacerlo?”

Anansi contestó al Dios del Cielo: “Puedo hacerlo. ¿Cuál es el precio?”

“Mi precio son tres cosas,” dijo el Dios del Cielo. “En primer lugar, quiero a Mmoboro [mmmoh-BOH-roh], los avispones. Después, quiero a Onini [oh-NEE-nee], la gran pitón. Y finalmente, quiero a Osebo [oh-SAY-boh], el leopardo. Por estas tres cosas, te venderé el derecho a contar todas las historias.”

Anansi dijo: “Se los traeré.”

### ILUSTRACIÓN

Se fue a casa e hizo sus planes. Primero, cortó una calabaza de una parra y le hizo un pequeño agujero. Tomó una gran calabaza [como tazón] y la llenó con agua. Se dirigió hacia el árbol donde vivían los avispones. Se echó una parte del agua encima, de tal manera que quedó empapado. Echó otra parte del agua encima de los avispones, de tal manera que también quedaron empapados. Luego, puso la calabaza sobre su cabeza, como si estuviera protegiéndose de una tormenta, y llamó a los avispones: “¿Ustedes son tontos? ¿Por qué se quedan en medio de esta lluvia?”

Los avispones respondieron: “¿Pero a dónde podemos ir?”

“Entren aquí, en esta calabaza seca,” les dijo Anansi.

Los avispones le agradecieron y entraron volando a la calabaza por el pequeño agujero. Cuando el último de ellos había entrado, Anansi tapó el agujero con una bola de pasto, diciendo: “Oh, sí, ¡ustedes son realmente tontos!”

Llevó su calabaza llena de avispones a Nyame, el Dios del Cielo. Nyame los aceptó y

dijo: “Faltan dos cosas más.”

Anansi volvió al bosque y cortó una larga vara de bambú y algunas parras resistentes. Después, caminó hacia la casa de Onini, la pitón, hablándose a sí mismo. Parecía estar hablando de una discusión con su esposa. Decía: “Mi esposa está equivocada. Yo digo que es más larga y más fuerte. Mi esposa dice que es más pequeña y más débil. Yo la respeto más. Mi esposa la respeta menos. ¿Quién tiene la razón? ¿Ella o yo? Yo tengo la razón, es más larga. Yo tengo la razón, es más fuerte.”

Cuando Onini, la pitón, escuchó a Anansi hablándose a sí mismo, le dijo: “¿Por qué estás discutiendo por acá contigo mismo?”

La araña respondió: “Ah, he tenido una discusión con mi esposa. Ella dice que tú eres más pequeña y más débil que esta vara de bambú. Yo digo que tú eres más larga y más fuerte.”

Onini dijo: “Es inútil y tonto discutir cuando puedes descubrir la verdad. Trae la vara y la mediremos.”

De esta manera, Anansi puso la vara en el suelo y la pitón se acercó y se extendió junto a ésta.

“Pareces un poco más pequeña,” dijo Anansi.

La pitón se estiró más.

“Un poco más,” dijo Anansi.

“Ya no puedo estirarme más,” dijo Onini.

“Cuando te alargas de un extremo, te achicas del otro,” dijo Anansi. “Déjame amarrarte por adelante para que no te resbales.”

Amarró la cabeza de Onini a la vara. Luego, fue hacia el otro extremo y le amarró la cola a la vara. Envolvió completamente a Onini con las parras, hasta que no pudiera moverse.

“Onini,” dijo Anansi, “resulta que mi esposa tenía razón y yo estaba equivocado. Tú eres más pequeña que la vara y más débil. Mi opinión no era tan buena como la de mi esposa. Es más, eras más tonta que yo, y ahora eres mi prisionero.”

Anansi llevó la pitón a Nyame, el Dios del Cielo, quien dijo: “Falta una cosa más.”

Osebo, el leopardo, era el próximo. Anansi se dirigió al bosque y cavó un profundo hoyo en el lugar donde al leopardo le gustaba caminar. Lo cubrió con pequeñas ramas y hojas y puso tierra sobre éste, de tal manera que fuera imposible decir dónde estaba el hoyo. Anansi se fue y se escondió. Cuando Osebo andaba merodeando en la oscuridad de la noche, pisó la trampa que Anansi había preparado, y cayó al fondo. Anansi escuchó el ruido que hizo el leopardo al caer, y dijo: “¡Ah, Osebo, eres medio tonto!”

Al llegar la mañana, Anansi fue hacia el hoyo y vio al leopardo allí.

“Osebo,” preguntó, “¿qué estás haciendo en ese hoyo?”

“He caído en una trampa,” dijo Osebo. “Ayúdame a salir.”

“Con mucho gusto te ayudaría,” dijo Anansi, “pero estoy seguro que, si te saco, no me darás las gracias por ello. Te dará hambre y después querrás comerte a mis hijos y a mí.

“¡Te prometo que no lo haré!” dijo Osebo.

## ILUSTRACIÓN

“Muy bien. Ya que me lo prometes, te sacaré,” dijo Anansi.

Dobló un alto árbol verde hasta hacerlo chocar con el suelo, de tal manera que la parte superior del mismo quedó encima del hoyo, y lo amarró así. Luego amarró una sog a la parte superior del árbol y dejó caer el otro extremo de ésta en el hoyo.

“Amarra esto a tu cola,” dijo. Osebo amarró la cuerda a su cola. “¿Estás bien amarrado?” preguntó Anansi. “Sí, estoy bien amarrado,” dijo el leopardo.

“En ese caso,” dijo Anansi, “simplemente, no eres medio tonto, sino que eres un perfecto tonto.”

Y tomó su cuchillo y cortó la otra sog a, la que mantenía al árbol doblado chocando con el suelo. El árbol se enderezó rápidamente, sacando a Osebo del hoyo. Colgaba en el aire con la cabeza hacia abajo, retorciéndose y dándose vueltas.

Como el leopardo se retorció y se daba vueltas, se mareó tanto que Anansi no tuvo problemas para amarrar sus patas con parras.

Anansi llevó el leopardo mareado, completamente inmovilizado, a Nyame, el Dios del Cielo, diciendo: “Aquí está la tercera cosa. Ahora ya he pagado el precio.”

Nyame le dijo: “Kwaku Anansi, grandes guerreros y jefes lo han intentado pero no han podido hacerlo. Tú lo has hecho. Por eso, te daré las historias. De ahora en adelante, todas las historias te pertenecen. Siempre que un hombre cuente una historia, debe reconocer que es un cuento de Anansi.”

Y es por eso que, en partes de Africa, a la gente le encanta contar, y escuchar, las historias a las que llaman “historias de la araña.” Y ahora, tú también has escuchado una.

Revise su biblioteca para encontrar más historias sobre Anansi, tales como:

*Anansi and the Moss-Covered Rock* y *Anansi Goes Fishing*, recontadas por Eric A. Kimmel (Holiday House, 1988 y 1992)

*Anansi Finds a Fool* de Verna Aardema (Dial Books for Young Readers, 1992)

## El niño en el dique

**PADRES:** Si ustedes tienen acceso a un *mapamundi* o globo, ayuden a su niño a ubicar Holanda (también llamada los Países Bajos).

Hace muchos años, había un niño que hizo una hazaña heroica. Su nombre era Peter y vivía en Holanda, un país junto al mar.

En Holanda, el mar ejerce tanta presión sobre el terreno que la gente construyó

grandes muros de tierra y piedra para contener las aguas. A todo niño pequeño de Holanda se le ha enseñado que estos grandes muros, llamados diques, deben ser observados a cada momento. No se debe permitir que el agua entre por los diques. Incluso un agujero del tamaño de tu dedo meñique era algo muy peligroso.

### ILUSTRACIÓN

Una tarde a principios del otoño, cuando Peter tenía siete años, su madre lo llamó. “Ven, Peter,” le dijo. “Quiero que cruces el dique y lles estos pasteles a tu amigo el ciego. Si vas rápido, volverás a casa antes de que oscurezca.”

Peter estaba contento de ir, porque su amigo el ciego vivía sólo y siempre le alegraba tener visita. Cuando llegó a la casa del ciego, Peter se quedó un rato para contarle de su caminata por el dique. Le contaba del brillante sol y las flores y los barcos dentro del mar. Luego, Peter recordó que su madre quería que regresara a casa antes de que oscureciera. Entonces, se despidió y partió de regreso a casa.

Cuando iba caminando, observó que el agua golpeaba contra el costado del dique. Había llovido mucho y el nivel del agua había subido. Peter recordó cómo su padre siempre hablaba de las “furiosas aguas.”

“Supongo que papá cree que están furiosas,” pensó Peter, “porque las mantenemos alejadas desde hace tanto tiempo. Bueno, me alegra que estos diques sean tan fuertes. Si éstos cedieran, ¿qué sería de nosotros? Todos estos campos estarían cubiertos de agua. Entonces, ¿qué pasaría con las flores, los animales y la gente?”

De pronto, Peter notó que el sol se estaba ocultando. La oscuridad estaba cayendo sobre el terreno. “Mamá estará esperándome,” dijo. “Tengo que darme prisa.” Pero justo en ese momento escuchó un ruido. ¡Era el sonido de agua escurriéndose! Se detuvo, miró hacia abajo y vio un pequeño agujero en el dique, por el cual fluía un pequeño chorro.

### ILUSTRACIÓN

¡Una fuga en el dique! Peter entendió inmediatamente el peligro. Si el agua entraba por ese pequeño agujero, pronto lo haría más grande, entonces las aguas podrían abrirse paso y las tierras quedarían inundadas.

Peter pensó en lo que debía hacer. Bajó por el costado del dique y metió su dedo en el pequeño agujero. ¡El agua dejó de salir!

“Ahora, las furiosas aguas se mantendrán alejadas,” dijo Peter. “Las mantendré alejadas con mi dedo. Holanda no será inundada mientras yo esté aquí.”

Pero luego pensó, “¿Cuánto tiempo puedo permanecer aquí?” Ya era de noche y hacía frío. Peter gritó, “¡Auxilio! ¿Hay alguien allí? ¡Auxilio!” Pero nadie lo escuchaba. Nadie vino en su ayuda.

Estaba oscureciendo más y haciendo aun más frío. El brazo de Peter empezó a adormecerse y entumecerse. “¿No vendrá nadie?” pensó. Entonces, gritó de nuevo pidiendo ayuda. Y como no venía nadie, gritó, “¡Mamá! ¡Mamá!”

Después de la puesta del sol, su madre había ido muchas veces a mirar al dique esperando ver a su pequeño hijo. Ella estaba preocupada, pero luego pensó que quizás Peter se había quedado a pasar la noche con su amigo ciego, como lo había hecho antes. “Bueno,” pensó ella, “cuando llegue a casa por la mañana, tendré que regañarlo por pasar la noche fuera de casa sin permiso.”

¡Pobre Peter! Hubiera preferido estar en casa que en cualquier otro lugar del mundo, pero no podía moverse del dique. Trataba de silbar para sentirse acompañado, pero no podía porque le castañeteaban los dientes del frío. Pensó en su hermano y su hermana acostados en sus tibias camas, y en su padre y su madre. “No debo permitir que se ahoguen,” pensó. “Debo permanecer aquí hasta que alguien venga.”

La luna y las estrellas contemplaban al niño tiritándose. Tenía la cabeza inclinada y los ojos, cerrados, pero no estaba dormido. De vez en cuando, se frotaba la mano con la cual estaba deteniendo a las furiosas aguas.

La mañana llegó. Un hombre que caminaba por el dique, escuchó un ruido, algo así como un gemido. Se agachó y vio al niño abajo. Gritó, “¿Qué te pasa, niño? ¿Estás herido? ¿Por qué estás sentado allí?”

Con una voz débil y apenas perceptible, el niño dijo, “Estoy impidiendo que el agua entre. Por favor, ¡dícales que vengan rápido!”

El hombre corrió a pedir ayuda. La gente vino con palas para reparar el dique y llevaron a Peter, el pequeño héroe, a casa, con sus padres.

*Ha pasado más de un año desde entonces; pero todavía,  
 Cuando el mar ruge como un diluvio,  
 Se enseña a los niños lo que puede hacer un niño,  
 Que es valiente, sincero y bueno.  
 Porque todos los padres y madres  
 Toman a sus hijos de la mano  
 Y les cuentan del pequeño valiente Peter  
 Cuyo valor salvó al país.*

## **Brer Rabbit consigue la comida de Brer Fox**

**PADRES:** Las historias de Brer Rabbit son cuentos populares afroamericanos recopilados y recontados a fines del siglo XIX por el escritor Joel Chandler Harris. Harris escribió los cuentos en el discurso de un personaje al que llamó Tío Remo, un anciano negro que le habla a un joven en una plantación sureña. Los cuentos reflejan el discurso del narrador y, por lo tanto, utilizan palabras como “ain’t”/“no es.” Las historias tienen mucho humor y cobran vida cuando son leídas en voz alta. La historia que presentamos aquí es una historia moderna recontada por Julius Lester, cuyos volúmenes del Tío Remo incluyen *Tales of Uncle Remus* y *More Tales of Uncle Remus* (Dial, 1987 y 1988).

Si nunca has oído hablar de Brer Rabbit y Brer Fox, podrías imaginarte, a partir de

estas historias, que son enemigos. Bueno, eso no es así. Pero, tampoco eran amigos. Brer Rabbit era Brer Rabbit, lo cual significaba que no podía remediarlo si algunas mañanas se despertaba y en lo primero que pensaba, era hacer diabluras. Y Brer Fox era Brer Fox. No era su culpa que se despertara pensando en la misma cosa. Así que no eran enemigos pero tampoco eran amigos. Eran lo que eran. Otra forma de decirlo es: No son lo que no eran. Ahora que todo eso está claro, vamos a seguir con la historia.

Un día, Brer Rabbit, no teniendo nada mejor o peor que hacer, decidió ver en qué estaba metido Brer Fox. Cuando se acercaba a la casa de Brer Fox, escuchó muchos martillazos. Cuando llegó allí, vio a Brer Fox en el techo clavando tejas de madera tan rápido como podía.

Bueno, Brer Rabbit hacía el trabajo de la misma manera como trataba a su mamá, y no le daría un golpe a su mamá [una frase popular para expresar que no quería trabajar]. Así que buscó con la mirada qué más podía ver, y allí junto al poste de la cerca estaba la lonchera de Brer Fox. Brer Rabbit sabía que dentro de ésta había más comida que la que había en su estómago. Eso no le parecía justo. ¿Cómo iba a sacar la comida de Brer Fox de donde no estaba haciendo nada bueno y llevarla a donde haría muchísimo bien?

“¡Brer Fox! ¿Qué tal te va hoy?” dijo Brer Rabbit.

“Estoy ocupado. No tengo tiempo para estar perdiendo el tiempo rajando contigo.”

“¿Qué estás haciendo allí arriba?”

“Poniendo un techo nuevo antes que llegue el invierno.”

“¿Necesitas ayuda?”

“Sí, pero dónde voy a conseguirla?”

“Soy poderoso con el martillo, Brer Fox. Te daré una mano.”

### ILUSTRACIÓN

Brer Rabbit se subió al techo y se puso a trabajar. Tardó muy poco en superar a Brer Fox en martilleo. El estaba poniendo el techo como si el invierno estuviera en las afueras del pueblo. Clavaba y clavaba hasta que llegó a la cola de Brer Fox.

Brer Rabbit empujó la cola a un lado, pero, como una cola es una cola, ésta se sacudió y volvió inmediatamente a la posición inicial.

“No sé por qué la gente tiene colas tan largas,” refunfuñó Brer Rabbit.

Volvió a hacer a un lado la cola y siguió clavando. Clavó debajo de Brer Fox. Clavó alrededor de Brer Fox. Clavó al lado de Brer Fox. Clavó y clavó hasta que de repente Brer Fox soltó su martillo y dio un grito, “¡Ay! ¡Brer Rabbit! ¡Has clavado mi cola!”

Brer Rabbit lo miró con ojos de sorprendido. “¿He hecho qué? Tienes que estar bromeando, Brer Fox. Me estás acusando de algo que no he hecho.”

Brer Fox gritaba y chillaba, pateaba y se quejaba. “¡Ten compasión, Brer Rabbit! ¡Desclava mi cola! ¡Desclava mi cola!”

Brer Rabbit empezó a bajar la escalera, meneando la cabeza. “Debo estar perdiendo mi puntería, mi golpe o algo. Quizás mis ojos se están debilitando. Nunca he clavado la cola de nadie antes. El hacer algo como eso me altera. El hacer algo como eso me altera

tanto que me abre el apetito.”

Mientras tanto, Brer Fox seguía gritando, chillando y quejándose.

Brer Rabbit bajó la escalera, todavía diciéndose entre dientes que le daba hambre cuando se alteraba. Abrió la lonchera de Brer Fox y se sirvió el pollo frito, maíz y galletas que estaban adentro. Cuando terminó, se limpió la boca con su faldón, eructó una o dos veces y siguió su camino, esperando no haberle causado ningún daño irreparable a la larga y bonita cola de Brer Fox.

## ILUSTRACIÓN

### El príncipe rana

(Un cuento de los Hermanos Grimm, recontado por Wanda Gag)

En tiempos antiguos, cuando los deseos eran todavía útiles, vivía un Rey. El tenía varias hijas hermosas, pero la más joven era tan bella que incluso el sol, que ve tantas maravillas, no podía menos que admirarse cada vez que miraba su cara.

Cerca del palacio del Rey, había un gran bosque oscuro y allí, bajo un viejo árbol de tilo, había un pozo. Cuando hacía mucho calor, la pequeña Princesa iba a este bosque y se sentaba al borde del fresco pozo. Allí, ella jugaba con su bola de oro, lanzándola al aire y atrapándola hábilmente en sus pequeñas manos. Este era su juego favorito y nunca se cansaba de él.

Ahora bien, sucedió un día que, cuando la Princesa lanzaba su bola de oro al aire, no cayó en sus manos levantadas como era normal. En vez de eso, cayó en el suelo, rodó hacia el borde del pozo y cayó al agua. ¡*Plunk, splash!* La bola de oro desapareció.

El pozo era profundo y la Princesa lo sabía. Estaba segura de que nunca volvería a ver su hermosa bola, así que se puso a llorar y llorar y no podía parar.

“¿Qué pasa, pequeña Princesa?” dijo una voz detrás de ella. “Estás llorando tanto que hasta una dura piedra tendría compasión de ti.”

La pequeña niña miró alrededor y vio allí una rana. Estaba en el pozo y estaba asomando su fea y gruesa cabeza fuera del agua.

“¡Oh, eres tú—la vieja rana que salpica agua!” dijo la niña. “Estoy llorando porque mi bola de oro se cayó al pozo.”

“Ah, si se trata de eso,” dijo la rana, “puedo sacar tu bola. ¿Pero, qué me darás a cambio?”

“Lo que desees, querida rana vieja,” dijo la Princesa. “Te daré mis vestidos, mis cuentas y todas mis joyas—incluso la corona de oro que llevo en mi cabeza.”

La rana contestó: “Tus vestidos, tus cuentas y todas tus joyas, incluso la corona de oro que llevas en la cabeza—no los quiero. Pero si puedes sentirte capaz de quererme y tomarme como tu compañero de juego, si me dejas sentarme junto a ti en tu mesa, comer de tu pequeño plato de oro y beber de tu pequeña copa de oro, y además si estás

dispuesta a dejarme dormir en tu propia pequeña cama: si me prometes todo eso, pequeña Princesa, entonces con mucho gusto me sumergiré hasta el fondo del pozo y sacaré tu bola de oro.”

“Oh, sí,” dijo la Princesa, “Te prometeré lo que digas sólo si me devuelves mi bola de oro.” Pero se preguntaba a sí misma: “¿De qué está hablando esta tonta rana? Sólo puede vivir en el agua y croar con las demás ranas; nunca podría ser un compañero de juego de un ser humano.”

### ILUSTRACIÓN

Tan pronto como la rana escuchó su promesa, desapareció en el pozo. Se sumergió hasta lo más hondo del pozo y pronto regresó con la bola de oro en la boca. La dejó caer en el pasto al pie de la Princesa, quien se puso loca de alegría cuando vio su juguete favorito de nuevo. Tomó la bola y salió corriendo con ella, olvidándose de la pequeña criatura que se la había devuelto.

“¡Espera! ¡Espera!” gritó la rana. “Llévame contigo, no puedo ir tan rápido como tú.”

Pero ¿de qué le sirvió gritarle “¡quark! ¡quark!” lo más fuerte que pudo? No le hizo caso sino que se fue de prisa a casa, donde pronto se olvidó de la pobre rana, que ahora tenía que regresar a su pozo.

A la noche siguiente, la Princesa estaba cenando en la mesa real cuando—*plitch plotch, plitch plotch*—alguien subía por las escaleras. Cuando llegó a la puerta, la tocó y gritó:

*Hija menor del Rey,  
¡Ábreme la puerta!*

La Princesa se levantó de la mesa y corrió a ver quién la estaba llamando—cuando abrió la puerta, allí estaba sentada la rana, ¡mojada, verde y fría! Cerró de golpe la puerta y volvió a sentarse a la mesa, con el corazón latiendo fuerte y rápidamente. El Rey pudo darse cuenta que ella estaba asustada y preocupada, y dijo: “Hija, por qué estás asustada? ¿Hay un gigante allá afuera que quiere llevarte?”

### ILUSTRACIÓN

“Oh, no,” dijo la Princesa. “¡No es un gigante, sino una horrible rana vieja!”

“¿Y qué tiene que ver contigo?” preguntó el Rey.

“Oh, querido padre, cuando estaba jugando debajo del árbol de tilo junto al pozo, mi bola de oro cayó al agua. Y como lloraba tan fuerte, la rana la sacó; y como insistió tanto, le prometí que sería mi compañero de juego. Pero nunca, nunca pensé que abandonaría su pozo. Ahora está allí afuera y quiere entrar y comer de mi plato y beber de mi copa y dormir en mi pequeña cama. Pero ¡no puedo soportar eso, papá, está tan mojada y es tan fea, y los ojos le sobresalen!”

Mientras la Princesa explicaba a su padre, la rana tocó a la puerta una vez más y dijo:

*Hija menor del Rey,  
¡Ábreme la puerta!  
Acuérdate de lo que prometiste en el viejo pozo  
¡Ábreme la puerta!*

En eso, el Rey dijo: “Si prometes algo, hija, debes cumplir con tu palabra; así que sería mejor que vayas y abras la puerta.”

La Princesa todavía no quería hacerlo pero tuvo que obedecer. Cuando abrió la puerta, la rana entró y la siguió hasta que llegó a su silla. Luego, se sentó allí y dijo: “Levántame y siéntame a tu lado.”

Ella dudó—la rana estaba muy fría y húmeda— pero su padre la miró con severidad y dijo: “Debes cumplir con tu promesa.”

Después que la rana estuvo en su silla, quería que la pusiera en la mesa. Cuando estuvo allí, dijo: “Ahora, acércame un poco tu plato para poder comer juntos como verdaderos compañeros de juego.”

La Princesa se estremeció pero tuvo que hacerlo. La rana disfrutaba la comida y comía con ganas, pero la pobre niña no podía tragar un solo bocado. Por fin, la rana dijo: “Ahora he comido suficiente y me siento cansada. Llévame a dormir a tu habitación.”

La Princesa empezó a llorar. Había sido bastante difícil tocar a la rana fría y gorda, y peor aún hacerla comer de su plato, pero tenerla junto a ella en su pequeña cama era más de lo que podía soportar.

“Quiero ir a la cama,” repitió la rana. “Llévame allí y arrópame.”

La Princesa se volvió a estremecer y miró a su padre, pero éste sólo dijo: “Te ayudó cuando tenías problemas. ¿Es justo despreciarla ahora?”

### ILUSTRACIÓN

48

No había nada que pudiera hacer sino levantar a la criatura—lo hizo con dos dedos— y llevarla a la habitación, donde la colocó en un rincón en el piso, pensando que quedaría satisfecha. Pero después que se había acostado, escuchó algo que no le gustó. ¡Ploppety plopp! ¡Ploppety plopp! Era la rana saltando por el piso, y cuando llegó a su cama dijo: “Estoy cansada y el piso es muy duro. Tengo tanto derecho como tú a dormir en una cama buena y suave. Levántame o le diré a tu padre.”

La Princesa estaba muy enojada por esto, pero la levantó y la puso en su cama, a los pies de la cama. Allí pasó toda la noche y, al llegar el alba, la rana saltó de la cama, atravesó la puerta y se marchó, ella no supo adónde.

A la noche siguiente, ocurrió lo mismo. La rana regresó, tocó la puerta y dijo:

*Hija menor del Rey,  
¡Ábreme la puerta!  
Acuérdate de lo que prometiste en el viejo pozo  
¡Ábreme la puerta!*

No había nada que pudiera hacer sino hacerla entrar. De nuevo, comió de su plato de

oro, bebió de su copa de oro, y volvió a dormirse a los pies de su cama. En la mañana, se marchó como lo había hecho antes.

A la tercera noche, regresó de nuevo. Esta vez no se conformó con dormir a los pies de la cama.

“Quiero dormir debajo de tu almohada,” dijo. “Creo que me gustaría más dormir allí.”

La niña pensó que nunca podría dormir con una rana horrible, húmeda y de ojos saltones debajo de la almohada. Empezó a llorar bajito y no paró hasta que finalmente se quedó dormida de tanto llorar.

Cuando terminó la noche y el sol mañanero irrumpió por la ventana, la rana salió sigilosamente por debajo de la almohada y bajó de la cama de un salto. Pero, tan pronto como sus pies tocaron el piso, le pasó algo. En ese momento, ¡ya no era una rana fría, gorda y de ojos saltones, sino un joven Príncipe con unos ojos amigables y atractivos!

“Ves,” dijo, “¡No era lo que parecía ser! Una vieja malvada me hechizó. Nadie sino tú pudo romper el hechizo, pequeña Princesa. Yo esperaba y esperaba en el pozo que tú me ayudarás.”

La Princesa enmudeció de sorpresa pero sus ojos brillaban.

“Y ahora ¿me dejarás ser tu compañero de juego?” dijo el Príncipe, riendo. “*¡Acuérdate de lo que prometiste en el viejo pozo!*”

La Princesa también se rió de eso y ambos corrieron a jugar con la bola de oro.

Durante años fueron los mejores amigos y los más felices compañeros de juego y no es difícil adivinar, estoy seguro, que cuando crecieron se casaron y fueron muy felices.

## **Hansel y Gretel**

(Un cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez un profundo y oscuro bosque donde vivía un leñador pobre con su esposa y sus dos hijos. El niño se llamaba Hansel y la niña Gretel. Era una familia muy pobre, casi nunca tenía para comer y más aún en tiempos difíciles cuando la gente se moría de hambre, el pobre leñador no podía conseguir suficiente comida para alimentar a su familia. Una noche, cuando estaba acostado en la cama, dándose vueltas de preocupación, se volvió hacia su esposa y dijo: “¿Qué va a ser de nosotros? ¿Cómo podremos alimentar a nuestros pobres hijos si ni siquiera conseguimos suficiente comida para nosotros mismos?”

“Escúchame,” decía su esposa, que no era la verdadera madre de los niños. Ella era su madrastra y no se preocupaba por ellos. “Mañana muy temprano,” decía la insensible mujer, “llevaremos a los niños a lo más profundo del bosque. Provocaremos un incendio y les daremos a cada uno un pedazo de pan. Después, los dejaremos y nos ocuparemos de nuestro trabajo. Ellos nunca encontrarán el camino a casa y nos libramos de ellos.”

“¡No!” dijo el hombre. “Yo no puedo hacer eso. No puedo dejar a mis hijos solos en

el bosque, donde cualquier animal salvaje podría devorárselos.”

“Entonces eres un tonto,” contestó bruscamente la mujer. “También deberías tener listo cuatro ataúdes para todos nosotros que moriremos de hambre.” Luego, ella regañó al pobre hombre y lo reprendió, y siguió insistiéndole hasta que finalmente accedió. “Pero me da mucha lástima por mis pobres hijos,” dijo en voz baja.

### ILUSTRACIÓN

Los dos niños estaban tan hambrientos que no podían dormir, y escucharon todas las cosas que su madrastra le había dicho a su padre. Gretel lloró, pero Hansel susurró, “No te preocupes, se me ocurrirá algo.” Y cuando sus padres se durmieron, Hansel se levantó, se puso su pequeño abrigo y salió a escondidas. La luna estaba brillando resplandecientemente, y las piedrecitas blancas que estaban delante de la casa brillaban como monedas de plata. Hansel se agachó y recogió tantas piedrecitas como pudo encontrar. Luego regresó a la cama de puntillas y dijo a Gretel: “Duérmete, hermanita.”

Al amanecer, vino la mujer y despertó a los dos niños. “Levántense, ¡holgazanes! Vamos al bosque a conseguir un poco de leña.” Ella les dio un pedazo de pan a cada uno y les dijo, “Esto es para la cena y no deberán comérselo antes de eso, porque eso es todo lo que tendrán.”

Gretel llevaba los dos pedazos de pan en su delantal porque Hansel tenía sus bolsillos llenos de piedrecitas. Ellos emprendieron su camino hacia el bosque. A medida que caminaban, Hansel volteaba y miraba atrás a su casa una y otra vez. Su padre dijo: “Hansel, ¿qué estás mirando? Debes observar a donde vas.”

“Oh,” dijo Hansel, “Sólo estoy mirando a mi pequeño gatito blanco, que está sentado en el techo de la casa diciendo adiós.”

La esposa dijo, “Pequeño tonto, ese no es tu gatito. Es sólo el resplandor del sol en la chimenea. Ahora, ¡vamos!”

Pero Hansel se quedaba unos pasos detrás y volteaba y cada vez que volteaba, dejaba caer una piedrecita de su bolsillo para marcar el camino.

Cuando llegaron a lo más profundo del bosque, el padre dijo, “Recojan un poco de leña, niños. Haré una fogata para que no tengan frío.” Hansel y Gretel habían reunido un montículo de ramitas y palos y cuando la fogata estaba ardiendo, la esposa dijo, “Quédense junto a la fogata. Nosotros tenemos que irnos y cortar más leña. Cuando terminemos, vendremos para recogerlos.”

Así que Hansel y Gretel se sentaron cerca de la fogata. Después de un ratito, comieron su pan. Y después de un largo rato, estaban tan cansados que cerraron sus ojos y se quedaron dormidos. Cuando despertaron, era de noche y estaban completamente solos. Gretel comenzó a llorar, pero Hansel la consolaba. “Espera un poco hasta que salga la luna,” dijo.

Y cuando salió la luna llena, Hansel tomó a su hermanita de la mano y siguieron las piedrecitas que brillaban como monedas de plata, mostrándoles el camino. Ellos caminaron durante toda la noche y, finalmente, al amanecer llegaron a la casa de su

padre. Tocaron a la puerta y cuando la mujer abrió, se sorprendió al verlos. Y sólo dijo: “Niños traviesos, ¿por qué se han quedado tanto tiempo en el bosque? Pensamos que ya nunca volverían a casa.” Pero su padre se alegró porque le había partido el alma dejarlos solos.

No mucho después, volvieron los tiempos difíciles y había poca comida para comer. Una noche en la cama, los niños escucharon otra vez a su madrastra decirle a su padre: “Sólo nos queda media hogaza de pan. Después de eso, habremos terminado. Debemos librarnos de los niños. Esta vez los llevaremos a lo más profundo del bosque donde nunca encontrarán el camino de regreso.”

“Pero esposa,” dijo el hombre, acongojado, “sería mejor compartir el último bocado de comida con los niños.” Pero la esposa no lo escucharía. Y, después de todo, una vez que se ha dicho sí, es difícil decir no. De manera que ella siguió insistiéndole hasta que una vez más cedió ante ella y aceptó su plan.

Cuando los padres se durmieron, Hansel se levantó para recoger piedrecitas. Pero él no pudo salir porque la mujer había cerrado la puerta con llave. Regresó a su cama y trató de pensar en un nuevo plan.

### ILUSTRACIÓN

A la mañana siguiente muy temprano, la mujer sacó a los niños de la cama. Les dio un pedazo de pan, aún más pequeño que el anterior. A medida que ellos se internaban en el bosque, Hansel rompía el pan en su bolsillo, y con frecuencia se detenía para tirar una migaja al suelo.

“Hansel,” dijo su padre, “¿para qué estás deteniéndote y mirando hacia atrás?”

“Estoy mirando a una pequeña paloma que está sentada en el techo y quiere decirme adiós,” respondió Hansel.

“Pequeño tonto,” dijo la esposa, “esa no es una paloma. Es sólo el resplandor del sol en la chimenea.” Así que siguieron caminando mientras que Hansel dejaba caer las migajas de pan a lo largo de todo el camino.

La mujer llevó a los niños a lo más profundo del bosque donde nunca antes en todas sus vidas habían estado. Otra vez, ellos recogieron ramas para hacer una fogata y la mujer dijo, “Siéntense aquí, niños, y cuando estén cansados, duerman. Nosotros iremos a cortar leña y cuando hayamos terminado, vendremos por ustedes.”

Más tarde, cuando era mediodía, Gretel compartió su pedazo de pan con Hansel, puesto que él había convertido el suyo en migajas para dejarlas a lo largo del camino. Luego, se quedaron dormidos y, cuando cayó la noche, nadie vino a recogerlos. Cuando despertaron, estaba oscuro y estaban solos. Cuando salió la luna, ellos emprendieron el camino a casa, pero no podían encontrar las migajas de pan, porque los pájaros se las habían comido. “Vamos, Gretel,” dijo Hansel, “sé que podemos encontrar el camino.” Pero no lo encontraban. Caminaron toda la noche, y al día siguiente desde el amanecer hasta el anochecer, pero no encontraban el camino para salir del bosque. Tenían un hambre terrible, porque no habían comido nada, sólo unas cuantas bayas. Y cuando

estaban tan cansados que ya no podían avanzar, se echaron debajo de un árbol y se quedaron dormidos.

### ILUSTRACIÓN

Ya habían pasado tres días desde que salieron de la casa de su padre. Se pusieron en marcha de nuevo, siempre buscando el camino a casa pero sólo conseguían internarse más en el bosque. Sin duda, ellos se morirían de hambre, a menos que recibieran ayuda pronto.

Casi al mediodía, vieron a un hermoso pájaro blanco como la nieve en una rama, que cantaba tan lindo que se detuvieron a escucharlo. Entonces, el pájaro extendió sus alas y voló delante de ellos, como diciendo “¡Sígueme!” Así que los niños siguieron al pájaro hasta que llegaron a una pequeña casa. El pájaro voló hacia arriba y se posó en el techo. Luego, los niños vieron que las paredes de la casa estaban hechas de pan de jengibre, el techo, de pastel y las ventanas, de azúcar candi.

“¡Vamos a comer!” gritó Hansel. Hansel se estiró y partió un pedazo del techo, mientras que Gretel mordía una pared.

De pronto, escucharon una débil y chillona voz que los llamaba desde el interior de la casa:

*“Mordisquea, mordisquea, como un ratón,  
¿Quién está mordisqueando mi casa?”*

Los niños respondieron:

*“Es sólo el aire que suspira.  
Es sólo el viento que pasa por aquí.”*

Ellos estaban tan hambrientos que siguieron comiendo. Pero, entonces, se abrió la puerta y salió una anciana, apoyada en una muleta. Hansel y Gretel estaban tan asustados que dejaron caer la comida de sus manos. Pero la anciana sólo asintió con la cabeza y dijo: “Mis queridos pequeños, ¿qué los ha traído por aquí? Entren y quédense conmigo. Cuidaré muy bien de ustedes.”

Así que ella los tomó de la mano y los llevó adentro de su pequeña casa. Allí encontraron una comida maravillosa de panqueques calientes con miel, nueces, manzanas y leche fría. Después de esto, la anciana les mostró dos pequeñas camas blancas, y Hansel y Gretel se acostaron y se preguntaron si estaban en el cielo.

Pues, la anciana parecía buena pero en realidad era una bruja malvada. Ella había construido su casa sólo para atrapar a niños pequeños y, una vez que los tenía, ¡los cocinaba y se los comía! Ella estaba mal de la vista y no podía ver muy bien, pero podía oler tan bien como un animal y en las primeras horas del día, había olfateado a Hansel y Gretel cuando se acercaban.

A la mañana siguiente, antes que los niños se despertaran, la bruja se levantó y

observó sus rosadas mejillas. “Mmm, qué gran banquete tendré,” rió socarronamente. Luego, sacó a Hansel de la cama y lo encerró en una jaula afuera. Luego, regresó y sacudió a Gretel para despertarla y gritó “¡Levántate, holgazana! Ve a buscar agua y cocina algo rico para tu hermano. Aliméntalo bien, pues, una vez que esté rico y gordo, ¡me lo comeré!”

Gretel lloró y gritó, pero fue inútil. Ella tenía que hacer lo que la malvada bruja le decía. Día tras día cocinaba ollas llenas de deliciosa comida para Hansel mientras que ella solo comía migajas. Cada mañana la malvada bruja se arrastraba hasta la jaula y decía: “Hansel, saca tu dedo para ver si estás lo suficientemente gordo para comerte.” Pero Hansel, muy astuto, sacaba un pequeño hueso, y la anciana, que no veía muy bien, no podía distinguir que no era el dedo de Hansel. Ella se preguntaba porque no estaba engordando. Y cuando habían pasado cuatro semanas y Hansel parecía más delgado que nunca, ella perdió la paciencia. “Apresúrate y recoge un poco de agua,” regañaba a Gretel. “Esté flaco o gordo, voy a cocinarlo para comérmelo.”

Las lágrimas corrían por las mejillas de la pobre Gretel cuando traía el agua y encendía el fuego. “Primero, hornearemos,” decía la anciana. He calentado el horno y la masa está lista.” Entonces, empujaba a la pobre Gretel hacia el horno, donde las llamas estaban ardiendo vivamente. “Mete tu cabeza en el horno,” decía la bruja a Gretel “y dime si está lo suficientemente caliente para hornear el pan.” Pero Gretel sabía lo que la bruja pensaba hacer: sabía que la bruja quería encerrarla en el horno, hornearla y comérsela. De manera que Gretel dijo: “No sé como hacerlo. ¿Por dónde veo? ¿Puede enseñarme cómo?”

### ILUSTRACIÓN

“¡Estúpida!” gritó la anciana. “Hay una gran abertura, ¿no ves? Pues, yo misma podría caber en ella.” Y metió su cabeza en el horno. Entonces, Gretel corrió rápidamente y con todas sus fuerzas empujó a la bruja dentro del horno. Cerró la puerta de hierro y la trabó bien. Gretel no paraba de escuchar los chillidos y gritos de la bruja. Ella corrió directamente hacia Hansel y lo sacó de la jaula.

“Vamos, Hansel, somos libres,” gritó ella. “¡La anciana bruja está muerta!” Hansel saltaba y abrazaba a Gretel, y los niños bailaron de alegría. Entonces, como ya no había nada a que temer, regresaron a la casa de la bruja. Allí encontraron cofres llenos de perlas y joyas preciosas. “¡Estas son mejores que las piedrecitas!” decía riendo Hansel cuando llenaba sus bolsillos, mientras que Gretel llenaba su delantal.

“Ahora, vámonos,” dijo Hansel. Luego, dijo con calma, “Si sólo pudiéramos encontrar el camino para salir del bosque de la bruja.”

Caminaron durante algunas horas y llegaron a un extenso lago. “No hay ningún puente, ni piedras que sirvan para cruzar,” dijo Hansel. “No podemos cruzar.”

“Y no hay ningún bote,” dijo Gretel. “Pero mira,” dijo. “Allí viene un pato. Le pediré ayuda.” Entonces le gritaron:

“Pato, pato, aquí estamos,  
Hansel y Gretel, parados en la orilla.  
No tenemos puente ni piedras para cruzar,  
Llévanos encima de tu suave y bonita espalda.”

¡Y quién lo iba a decir!, el pato vino. Hansel se subió a su espalda y le dijo a Gretel que se sentara detrás de él. “No,” dijo Gretel, “eso podría ser demasiado duro para el pato. Vamos a cruzar uno a la vez.”

Y así es como lo hicieron. Cuando estuvieron al otro lado del lago, siguieron caminando durante un rato, de pronto encontraron un camino. El bosque empezó a parecerles cada vez más familiar. Finalmente, a lo lejos, vieron la casa de su padre. Ellos comenzaron a correr tan rápido como pudieron. Entraron precipitadamente por la puerta y gritaron : “¡Padre! ¡Estamos en casa!” Entonces se abalanzaron sobre él.

Desde que los había dejado en el bosque, el hombre se había enfermado de preocupación. Y en cuanto a su desconsiderada esposa—bueno, ella había muerto. El abrazó a sus hijos como si nunca los quisiera soltar. Cuando estaba apretujando a Gretel, las perlas y las joyas cayeron de su delantal. Entonces, Hansel se metió las manos a los bolsillos y sacó puñados y puñados de tesoros.

Ellos volvieron a estar juntos, sus problemas se acabaron y vivieron muy felices por muchísimo tiempo.

## **En donde Tigger llega al bosque y toma desayuno**

(Una selección de *The House at Pooh Corner* de A. A. Milne)

**PADRES:** Si su niño todavía no ha conocido al oso llamado Winnie-the-Pooh y sus amigos en el Bosque de Cien Acres, primero puede leerle el libro *Winnie-the-Pooh* de A.A. Milne (en Lo que su alumno de kindergarten necesita saber se incluye un capítulo de este libro).

Winnie-the-Pooh se despertó de repente durante la noche y escuchó un ruido. Entonces, se levantó de la cama, encendió una vela y caminó pesadamente a través del cuarto para ver si alguien estaba tratando de entrar en su alacena de miel, pero no había nadie, así que regresó nuevamente, apagó la vela y se metió en la cama. Entonces, volvió a escuchar el ruido.

“¿Eres tú, Piglet?” dijo.

Pero no era.

“Entra, Christopher Robin,” dijo.

Pero no era Christopher Robin.

“Me lo cuentas mañana, Eeyore,” dijo Pooh soñolientamente.

Pero el ruido seguía.

“Worraworraworraworraworra,” dijo Quienquiera-que-fuera, y Pooh comprobó que, después de todo, no estaba dormido.

“¿Qué puede ser?” pensaba. “Hay muchos ruidos en el bosque, pero éste es diferente. No es un gruñido, no es un ronroneo, no es un ladrido ni tampoco el ruido-que-haces-antes-de-empezar-un-poema, sino es algún tipo de ruido, que hace un animal extraño. Y lo está haciendo al otro lado de mi puerta. Así que me levantaré y le pediré que no lo haga.”

### ILUSTRACIÓN

Se levantó de la cama y abrió su puerta delantera.

“¡Hola!” dijo Pooh, en caso de que alguien estuviera afuera.

“¡Hola!” dijo Quienquiera-que-fuera.

“¡Oh!” dijo Pooh. “¡Hola!”

“¡Hola!”

“¡Oh, estás *allí!*” dijo Pooh. “¡Hola!”

“¡Hola!” dijo el extraño animal, preguntándose cuánto tiempo iba a seguir en esto.

Pooh iba a decir precisamente “¡Hola!” por cuarta vez, pero pensó que mejor no y en vez de eso preguntó: “¿Quién es?”

“Yo,” dijo una voz.

“¡Ah!” dijo Pooh, “Bueno, ven aquí.”

Así que Quienquiera-que-fuera apareció y, a la luz de la vela, él y Pooh se miraron el uno al otro.

“Soy Pooh,” dijo Pooh.

“Soy Tigger,” dijo Tigger.

“¡Oh!” dijo Pooh, porque nunca antes había visto un animal como ese. “¿Sabe Christopher Robin de ti?”

“Por supuesto,” dijo Tigger.

“Bueno,” dijo Pooh, “es media noche, una buena hora para ir a dormir. Mañana por la mañana, tendremos miel en el desayuno. ¿A los Tigres les gusta la miel?”

“A ellos les gusta todo,” dijo alegremente Tigger.

“Entonces, si a ellos les gusta dormir en el piso, yo volveré a la cama,” dijo Pooh, “haremos cosas por la mañana. Buenas noches.” Y regresó a su cama y se quedó profundamente dormido.

Cuando se despertó por la mañana, lo primero que vio, fue a Tigger sentado frente al espejo mirándose.

“¡Hola!” dijo Pooh.

“¡Hola!” dijo Tigger. “He encontrado a alguien como yo. Pensaba que era el único.”

Pooh se levantó de la cama y empezó a explicar qué era un espejo, pero precisamente cuando él llegaba a la parte más interesante, Tigger dijo:

“Discúlpame un momento, pero hay algo subiendo por tu mesa,” y con un fuerte *Worraworraworraworraworra* saltó hasta el extremo del mantel, lo jaló al suelo, se envolvió en él tres veces, rodó hasta el otro extremo del cuarto, y después de una terrible lucha, sacó su cabeza de nuevo a la luz y dijo alegremente “¿Gané?”

“Ese es mi mantel,” dijo Pooh, mientras empezaba a desenvolver a Tigger.

“Me preguntaba qué era eso,” dijo Tigger.

“Va sobre la mesa y pones cosas encima de él.”

“Entonces ¿porqué trató de morderme cuando no lo estaba mirando?”

“No *pienso* que lo haya hecho,” dijo Pooh.

“Lo intentó,” dijo Tigger, “pero yo era demasiado rápido para él.”

### ILUSTRACIÓN

Pooh puso de nuevo el mantel en la mesa y colocó un pote grande de miel sobre éste y se sentaron a tomar desayuno. Y tan pronto como se sentaron, Tigger tomó un gran bocado de miel ... y miró al techo con la cabeza hacia un lado e hizo sonidos exploratorios con su lengua y sonidos pensativos, y sonidos del tipo “¿qué-es-lo-que-tenemos-aquí?” ... y luego dijo muy decididamente:

“A los Tigres no les gusta la miel.”

“¡Oh!” dijo Pooh, y trató de decirlo como si estuviera Triste y Apenado. “Pensé que a ellos les gustaba de todo.”

“Todo menos miel,” dijo Tigger.

Pooh se alegró bastante de esto y dijo que, tan pronto como haya terminado su propio desayuno, le mostraría a Tigger la casa de Piglet y Tigger podría probar algunas bellotas.

“Gracias, Pooh,” dijo Tigger, “porque las bellotas son realmente lo que más les gustan a los Tigres.”

De manera que, después de desayunar, fueron a ver a Piglet y, a medida que caminaban, Pooh le explicaba que Piglet era un Animal Muy Pequeño que no le gustaba brincar, y le pidió a Tigger que no Brincara tanto, sólo al principio. Y Tigger, que había estado escondiéndose detrás de los árboles y saltando sobre de la sombra de Pooh cuando no lo estaba mirando, dijo que los Tigres sólo brincaban antes de desayunar y que, tan pronto como tuvieran algunas bellotas, se quedaban Tranquilos y se Refinaban. Al poco rato llamaron a la puerta de la casa de Piglet.

“Hola, Pooh,” dijo Piglet.

“Hola, Piglet. Este es Tigger.”

“Ah, ¿es él?” dijo Piglet y fue bordeando la mesa hasta ponerse al otro lado de la misma. “Pensé que los Tigres eran más pequeños que aquellos.”

“No los grandes,” dijo Tigger.

“A ellos les gustan las bellotas,” dijo Pooh, “y eso es a lo que hemos venido, porque el pobre Tigger todavía no ha tomado desayuno.”

Piglet empujó el tazón de bellotas hacia Tigger y dijo: “Sírvete.” Se acercó a Pooh y tuvo mucho más valor, y dijo: “¿Así que tú eres Tigger?” ¡Bien, bien!” en tono despreocupado. Pero Tigger no dijo nada porque su boca estaba llena de bellotas ...

Después de masticar ruidosamente durante un rato, dijo:

“Ee-eers o i a-ors.”

Y cuando Pooh y Piglet preguntaron, “¿Qué?” él dijo “Skoos ee,” y salió afuera un momento.

Cuando regresó, dijo con firmeza:

“A los Tigres no les gustan las bellotas.”

“Pero tú dijiste que les gustaba todo menos miel,” dijo Pooh.

“Todo menos miel y bellotas,” explicó Tigger.

Cuando Pooh escuchó esto, dijo, “¡Ah, ya veo!” y Piglet, que se alegró mucho de que a los Tigres no les gustaran las bellotas dijo: “¿Y qué hay de los cardos?”

“Cardos,” dijo Tigger, “es lo que más les gustan a los Tigres.”

“Entonces, vamos a ver a Eeyore,” dijo Piglet.

Los tres se fueron y después de haber caminado y caminado, llegaron a la parte del bosque donde vivía Eeyore.

“¡Hola, Eeyore!” dijo Pooh. “Este es Tigger.”

“¿Quién?” dijo Eeyore.

“Este,” dijeron Pooh y Piglet a la vez, y Tigger puso su mejor sonrisa y no dijo nada.

Eeyore caminó alrededor de Tigger en una dirección, luego volteó y caminó alrededor de éste en la otra dirección.

“¿Quién dijeron que era?” preguntó.

“Tigger.”

“¡Ah!” dijo Eeyore.

“El acaba de llegar,” dijo Piglet.

“¡Ah!” dijo de nuevo Eeyore.

Pensó un largo rato y entonces dijo:

“¿Cuándo se irá?”

Pooh explicaba a Eeyore que Tigger era un gran amigo de Christopher Robin, que había venido a quedarse en el bosque, y Piglet explicaba a Tigger que no debía preocuparse por lo que decía Eeyore porque él *siempre* era pesimista. Eeyore explicó a Piglet que, al contrario, él estaba particularmente contento esta mañana; y Tigger dijo a cualquiera que estuviera escuchándolo, que todavía no había tomado desayuno.

“Sabía que había algo,” dijo Pooh. “Los Tigres siempre comen cardos, así es que vinimos a verte, Eeyore.”

“No hay de que, Pooh.”

“Ay, Eeyore, no quise decir que no *quería* verte—”

“De acuerdo—de acuerdo. Pero vuestro nuevo amigo a rayas—naturalmente quiere su desayuno. ¿Cómo dijeron que se llamaba?”

“Tigger.”

“Entonces, ven por aquí, Tigger.”

Eeyore les enseñó el camino hacia la mejor parcela de cardos que jamás hubo, y la señaló con una pata.

“Una pequeña parcela que estaba reservando para mi cumpleaños,” dijo, “pero,

después de todo, ¿qué es un cumpleaños? Hoy está aquí, mañana se nos habrá ido. Sírvete, Tigger.”

Tigger le agradeció y miró con un poco de preocupación a Pooh.

“¿Estos son realmente cardos?” susurró.

“Sí,” dijo Pooh.

“¿Lo que más les gusta a los Tigres?”

“Eso es,” dijo Pooh.

“Ya veo,” dijo Tigger.

Entonces, tomó un gran bocado y mascó haciendo un gran crujido.

“¡Ay!” dijo Tigger.

Se sentó y se puso la pata en la boca.

“¿Qué pasa?” preguntó Pooh.

“¡Pica!” dijo entre dientes Tigger.

“Vuestro amigo,” dijo Eeyore “parece haber mordido una abeja.”

### ILUSTRACIÓN

El amigo de Pooh dejó de menear la cabeza para sacarse las espinas, y dijo que a los Tigres no les gustan los cardos.

“Entonces ¿para qué doblar uno perfectamente bueno?” preguntó Eeyore.

“Pero tú dijiste,” empezó Pooh, “tu *dijiste* que a los Tigres les gusta todo menos la miel y las bellotas.”

“Y los cardos,” dijo Tigger, que ahora estaba corriendo en círculos con la lengua afuera.

Pooh lo miró con tristeza.

“¿Qué vamos hacer?” le preguntó a Piglet.

Piglet sabía la respuesta, y dijo enseguida que debían ir a ver a Christopher Robin.

“Lo encontrarás con Kanga,” dijo Eeyore. Se acercó a Pooh y dijo en voz alta:

“¿Podrías pedirle a tu amigo que haga sus ejercicios en algún otro lugar? Ahora mismo, voy a almorzar y no quiero que esté brincando precisamente antes de que comience. Una cuestión insignificante pero que me irrita, pues todos nosotros tenemos nuestras pequeñas costumbres.”

Pooh asintió solemnemente con la cabeza y llamó a Tigger.

“Vamos, iremos a ver a Kanga. Ella seguro tiene bastante desayuno para ti.”

Tigger dejó de correr en círculos y se acercó a Pooh y Piglet.

“¡Pica!” decía con una sonrisa grande y amable. “¡Vamos!” y corrió rápidamente.

Pooh y Piglet caminaron lentamente detrás de él. Y mientras caminaban, Piglet no decía nada, porque no podía pensar en nada y Pooh no decía nada, porque estaba inventando un poema. Y cuando lo tuvo, comenzó:

*¿Qué haremos con el pobre Tigger?*

*Si nunca come nada, nunca crecerá.*

*No le gustan la miel ni las bellotas ni los cardos.*

*Por el sabor y por las espinas.  
Y todas las cosas buenas que le gustan a un animal  
Tienen mal sabor o demasiadas espinas.*

“De cualquier modo, él es bastante grande,” dijo Piglet.

“En realidad no es muy grande.”

“Bueno, parece serlo.”

Pooh estaba pensativo cuando escuchó esto, y entonces se murmuró a sí mismo:

*Pero cualquiera que sea su peso en libras, chelines y onzas,  
El siempre parece más grande por sus saltos.*

“Y ese es todo el poema,” dijo. “¿Te gusta, Piglet?”

“Todo excepto chelines,” dijo Piglet. “No creo que deban ir allí”

“Querían ir después de libras,” dijo Pooh, “así que los dejé allí. Esa es la mejor manera de escribir un poema, dejando que las cosas fluyan.”

“Ah, no sabía,” dijo Piglet.

Tigger había ido saltando delante de ellos todo este tiempo, volteando de cuando en cuando para preguntar: “¿Este es el camino?”— y finalmente divisaron la casa de Kanga, y allí estaba Christopher Robin. Tigger fue corriendo hacia donde estaba él.

“¡Oh, eres tú, Tigger!” dijo Christopher Robin. “Sabía que estarías en algún lugar.”

“He estado buscando cosas en el bosque,” dijo Tigger dándose importancia. “Encontré a Pooh, a Piglet y a Eeyore pero no puedo encontrar nada para desayunar.”

Pooh y Piglet se acercaron y abrazaron a Christopher Robin y le explicaron lo que estaba pasando.

“¿No sabes tú qué les gusta a los Tigres?” preguntó Pooh.

“Si lo pienso muy bien, supongo que sí,” dijo Christopher Robin, “pero pensé que Tigger lo sabía.”

“Lo sé,” dijo Tigger. “Todo lo que hay en el mundo, menos miel y bellotas y—¿cómo se llamaba esa cosa que picaba?”

“Cardos.”

“Sí, y esos.”

“Oh, bien entonces, Kanga puede darte algo para desayunar.”

Así que entraron a la casa de Kanga, y cuando Roo dijo, “Hola, Pooh” y “Hola, Piglet” una vez, y “Hola, Tigger” dos veces, porque nunca lo había dicho antes y le parecía gracioso, le dijeron a Kanga lo que querían, y Kanga dijo muy amablemente: “Bueno, mira en mi alacena, Tigger querido, ve qué te gusta.” Ella supo enseguida que, por más grande que parecía Tigger, él necesitaba tanta amabilidad como Roo.

“¿Debo ver, también?” dijo Pooh que estaba empezando a sentir un poco el hambre de las once. Encontró una pequeña lata de leche condensada, y algo parecía decirle que a los Tigres no les gustaba esto, así que la llevó a un rincón aparte y se fue con ella para ver que nadie la interrumpiera.

Pero mientras más Tigger ponía su nariz en esto y su pata en eso, más cosas que no le gustaban, encontraba. Y como él encontraba de todo en la alacena pero no podía comer nada, le dijo a Kanga: “Y ahora ¿qué pasa?”

Pero Kanga, Christopher Robin y Piglet estaban parados alrededor de Roo, mirándolo tomar su Extracto de Malta. Y Roo estaba diciendo: “¿Debo?” y Kanga le estaba diciendo: “Ahora, Roo querido, ¿recuerdas lo que prometiste?”

“¿Qué es?” susurró Tigger a Piglet.

“Su Medicina Vigorizadora,” dijo Piglet. “El la odia.”

De manera que Tigger se acercó más y se inclinó hacia el respaldo de la silla de Roo, de repente, extendió su lengua y tomó un gran bocado, y con un súbito salto de sorpresa, Kanga dijo: “¡Ay!” y luego trató de agarrar de nuevo la cuchara precisamente cuando estaba desapareciendo, y la sacó de la boca de Tigger. Pero, el Extracto de Malta ya había desaparecido.

### ILUSTRACIÓN

“¡Tigger querido!” dijo Kanga.

“¡Se ha tomado mi medicina, se ha tomado mi medicina, se ha tomado mi medicina!” cantaba alegremente Roo pensando que era un gran chiste.

Entonces, Tigger miró hacia el techo y cerró los ojos, y se relamió una y otra vez, por si acaso hubiera quedado algo afuera, y se dibujaba en su cara una apacible sonrisa mientras decía: “¡Así que *eso* es lo que les gusta a los Tigres!”

Esto explica el por qué después él se quedó a vivir para siempre en la casa de Kanga y tomaba Extracto de Malta en el desayuno, en el almuerzo y en la merienda. Y a veces, cuando Kanga pensaba que él necesitaba fortalecerse, tomaba una o dos cucharadas del desayuno de Roo después de las comidas como medicina.

“Pero creo *yo*,” dijo Piglet a Pooh, “que se ha fortalecido demasiado.”

## Issun Boshi: El niño que medía una pulgada

**PADRES:** “*Issun Boshi*” [IH-sonn BOH-she] es un cuento popular japonés. Si ustedes tienen acceso a un mapamundi o globo, ayuden a su niño a ubicar el Japón. Al igual que la siguiente historia de este libro, “Pulgarcito,” esta historia narra las aventuras de un personaje muy pequeño.

Hace mucho tiempo en un pueblo de Japón, vivían un anciano y su esposa que deseaban, más que nada en el mundo, un hijo. Esperaban, deseaban y rogaban. “Podemos ser bendecidos con un niño,” decían, “aunque sea del tamaño de la yema de un dedo.”

Y entonces, sus plegarias fueron escuchadas. La pareja de ancianos tuvo un lindo bebé varón. Le pusieron el nombre de Issun Boshi, que significa “Niño-de-una-pulgada,” porque era del tamaño del dedo pulgar de su padre.

Issun Boshi se convirtió en un niño fuerte, listo y servicial, pero no aumentaba de estatura. Cuando cumplió doce años, Issun Boshi se dirigió a sus padres: “Padre y madre, por favor denme permiso para ir a la capital porque quiero ver el mundo, aprender muchas cosas y adquirir fama.”

### ILUSTRACIÓN

Sus padres estaban muy preocupados, pero sabían que su hijo era inteligente y fuerte, así que estuvieron de acuerdo en que se vaya. Le hicieron una pequeña espada de una aguja de coser. También le dieron un tazón para arroz y algunos palillos para comer.

Él flotaba por el río en el tazón para arroz, usando uno de los palillos de comer como remo. En pocos días llegó a ciudad de Kyoto. “¡Caramba, ésta es una ciudad de mucho movimiento!” pensó. “¡Hay tantas piernas y pies!” Caminaba cuidadosamente por las calles, esquivando pisadas y ruedas de carretas. Siguió caminando hasta que llegó a una hermosa casa, la más grande de la ciudad. Al pie de las escaleras vió un par de brillantes zuecos negros. Le pertenecían al dueño de la casa, que era el señor más acaudalado de la ciudad.

La puerta de la gran casa se abrió. Salió un hombre que se puso los brillantes zapatos negros. Issun Boshi gritó: “¡Hola! ¡Hola aquí!” El hombre miró a su alrededor y, al no ver a nadie, empezó a regresar adentro. Pero Issun Boshi gritó: “¡Aquí abajo, estoy aquí abajo, cerca de vuestros zapatos. Por favor, tenga cuidado por no pisarme.” El hombre, que era el señor de la casa, se inclinó hacia abajo y se sorprendió mucho cuando vio a Issun Boshi. El inclinó la cabeza y se presentó cortésmente. “Mi nombre,” dijo “es Issun Boshi. Soy nuevo aquí y quisiera trabajar para usted.”

El señor levantó a Issun Boshi y lo puso en la palma de su mano. Entonces, le preguntó amigablemente: “Pero, ¿qué puede hacer un tipo tan pequeño como tú?”

Una mosca estaba zumbando y molestando al señor, así que Issun Boshi sacó su espada hecha de una aguja de coser y, con un rápido *swit-swat*, derribó la mosca. Luego, Issun Boshi hizo una breve y enérgica danza en la mano del señor.

“Eres un tipo pequeño pero muy impresionante,” dijo sonriendo el señor. “Ven, puedes trabajar para mi y vivir en mi casa.”

Y así Issun Boshi fue a vivir en la hermosa casona. Hizo amistad con todos los que vivían allí, especialmente con la princesa, la encantadora hija del señor. Parecía que él siempre estaba a su lado, ayudándola en todo lo que podía, ya sea sosteniendo el papel cuando ella escribía una carta o simplemente yendo montado en su hombro y haciéndole compañía mientras caminaba por los hermosos jardines alrededor de la casa.

En la primavera, Issun Boshi viajó con la princesa y sus damas de compañía al festival de flores de cerezo. De regreso a casa, comenzaron a escuchar ruidos extraños detrás de ellos en el estrecho camino. No podían ver nada en la oscuridad, cuando de pronto un monstruo gigantesco salió en medio del camino. Todos gritaron y corrieron—todos excepto Issun Boshi y la princesa.

“¿Quién eres tú y qué quieres?” gritó Issun Boshi.

“Soy un *oni* [OH-nee],” gruñó el monstruo. ¡Un *oni*! Todos les tenían miedo a los *oni*, que eran criaturas feroces y terribles, como demonios o duendes.

### ILUSTRACIÓN

Pero Issun Boshi se puso adelante y gritó: “¡Sal del camino, demonio! Yo estoy aquí para proteger a la princesa y si intentas algo, ¡te arrepentirás!”

“¡Ah, ¡Ya lo veremos!” gruñó el *oni*. Entonces agarró a Issun Boshi, se lo echó a la boca y, *gulp*, se lo tragó entero. Issun Boshi se deslizó y deslizó hasta que cayó, *plop*, en el estómago del *oni*.

“Este gran bobalicón debe tener más cuidado con lo que come,” dijo Issun Boshi. Sacó su espada hecha de una aguja de coser y comenzó a hundirla, lo más fuerte que podía, en las paredes del estómago del *oni*.

“¡Ay! ¡Ooh! ¡Agh!” gritaba el *oni*. Entonces, hizo un fuerte eructo “¡Burp!” y escupió a Issun Boshi. El *oni* huyó gimiendo y llorando de dolor.

Issun Boshi corrió hacia la princesa. Ella estaba agachada recogiendo algo del suelo. Con gran emoción, dijo: “Mira, Issun Boshi, el *oni* estaba tan asustado que dejó caer este martillo mágico. Si le pides un deseo, lo hará realidad.”

Issun Boshi se inclinó ante la princesa y dijo: “Mi señora, le invito a que pida un deseo.”

“No, Issun Boshi,” dijo la princesa. “Tú lo obtuviste por tu valentía. Deberías ser el primero en pedirle un deseo.”

### ILUSTRACIÓN

Así que Issun Boshi tomó el martillo y dijo: “Ya se cumplió mi mayor deseo, que es servirle. Pero si pudiera pedir otro deseo, éste sería ser tan alto como los demás.”

Luego, le dio el martillo a la princesa, que pidió un deseo en silencio. En el acto, Issun Boshi comenzó a crecer ... hasta que, junto a la princesa, se irguió un apuesto joven.

Esa noche, cuando la princesa le contó a su padre lo valiente que había sido Issun Boshi, y como él había arriesgado su vida para salvarla, el señor se alegró tanto que dio su permiso para que Issun Boshi se casara con la princesa. Y así, como verás, el deseo de la princesa también se cumplió.

Las hazañas heroicas de Issun Boshi fueron celebradas por todo el país. Issun Boshi y la princesa vivieron felices, junto con sus orgullosos y felices padres, a quienes había llevado a la casa del señor para que formaran parte de la familia.